

RESEÑA

Fernando Wills y Juan Leonel Giraldo. *Solo teníamos el día y la noche.*

Bogotá: Ariel, 2023. 512 páginas.

El libro reúne testimonios de militantes –hombres y mujeres– que tomaron parte en “Pies descalzos”, una campaña que promovió el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR), entre las décadas de 1970 y 1980, con el fin de extender su rango de influencia en el país. Se trata, por tanto, de un libro que acude a la remembranza individual, con fines de desentrañar, a la luz del tiempo presente, los significados de una iniciativa de izquierda cimentada en fuertes dosis de sacrificio y persistencia, en aras de animar un cambio social en Colombia.

Dos textos de los editores –ex militantes ambos– preceden los testimonios: un prólogo de Fernando Wills que contextualiza y recrea el impacto de la campaña en la historia del MOIR y una semblanza de Juan Leonel Giraldo sobre Francisco Mosquera Sánchez, el más destacado dirigente de esa agrupación y responsable de su proyección nacional. En la parte final, hay dos anexos con información documental y gráfica de la ejecución de la campaña. Los autores, tanto del prólogo como de la semblanza, no esconden el entusiasmo que despertó la “epopeya” que representó “Pies descalzos”. Esa mirada nostálgica (“melancolía de izquierda”, diría Enzo Traverso), precisamente, no da espacio a una valoración crítica del hecho descrito, tarea que, implícitamente, se deja a criterio de los lectores.

Los testimonios están organizados en secciones que vislumbran cuestiones como el origen social de los militantes, los lugares escogidos, las premisas que orientaron el trabajo de masas, las organizaciones populares que se crearon (cooperativas o federaciones agrarias), el papel del periódico *Tribuna Roja* y de los grupos de artistas afines al MOIR y el influjo de Francisco Mosquera en la concepción y el acompañamiento de “Pies descalzos”. Tiene especial relevancia el hecho de que, transcurridas varias décadas del suceso, se haya logrado reunir las remembranzas de un número representativo de “descalzos”, mote con el que se conoció a quienes tomaron parte en esa empresa política. No es un acierto menor haber incluido la voz de las mujeres que se involucraron en una faceta partidista poco conocida en el presente.

Es pertinente anotar que no son comunes las publicaciones que recojan la voz de quienes hicieron parte de agrupamientos de izquierda en Colombia. Son escasos los estudios que, centrados en las militancias, destaque aspectos como sus sensibilidades y el peso de la disposición de capitales (en sentido *bourdieuano*), una perspectiva que podría ampliar el conocimiento de la historia de la izquierda.¹ Lo común es que las historias construidas se muevan entre las referencias al líder y la génesis y el trasegar de la agrupación, dejando de lado aquello que explicaría su existencia: la militancia. De ahí el valor del libro, cuya importancia se acrecienta al constatar otro hecho no menos relevante: la reducida literatura especializada de un sujeto colectivo que tuvo un protagonismo en el escenario político colombiano en las décadas de 1970 y 1980. El MOIR, en efecto, ha sido un objeto de conocimiento poco estudiado por la historiografía, pese a que hay algunos análisis que han explorado aspectos de su historia, como el maoísmo *sui generis* que pregón, la crítica a la postura armada y la presencia notoria de artistas e intelectuales en sus filas.²

Los testimonios de militantes que se “descalzaron” permiten identificar los avatares de una acción en la que se ensayaron formas inéditas de intervención política en contextos rurales, en un momento complejo de la historia nacional en el que se naturalizó una fina relación entre revolución y violencia armada (originando una militarización de la política), y en el que se acrecentó la represión oficial sin distinción alguna contra miembros de organizaciones de izquierda y defensores de derechos humanos.

La lectura de los testimonios hace posible, además, reconocer procesos que operaban en dos dimensiones paralelas y complementarias: la de los militantes inscritos en su cotidianidad y la de la estructura partidista con sus apuestas estratégicas. Así, a la par que se devela la historia de una acción colectiva ejecutada durante varios años, los testimonios describen el origen social de los “descalzos”, sus capitales sociales y las expectativas que secundaban su praxis revolucionaria. En este orden de ideas, se puede establecer que estos fueron, en su gran mayoría, individuos pertenecientes a clases medias, profesionales o en proceso de serlo (aunque hubo también obreros), poseedores de capitales académicos y culturales

1 Un aporte inscrito en esa línea es el libro de Iris Medellín Pérez, *La gente del sancocho nacional: experiencias de la militancia barrial del M-19 en Bogotá, (1974-1990)* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2018).

2 Se pueden mencionar los siguientes trabajos: José Abelardo Díaz Jaramillo, “Ir a las masas. El Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario y la campaña de los Pies Descalzos”, *Istor: revista de historia internacional* 64 (2016): 65-94; José Abelardo Díaz Jaramillo, “Del liberalismo al maoísmo: encuentros y desencuentros políticos en Francisco Mosquera Sánchez”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* vol. 38, n.º 1 (2011): 141-176; Miguel Ángel Urrego, “Partido del Trabajo de Colombia (PTC), un capítulo de la historia del Maoísmo, 1970 – 1982”, en *Etnia, género y clase en el discurso y la práctica de las izquierdas de América Latina*, editado por Miguel Ángel Urrego y José Domingo Carrillo (Morelia: Universidad Autónoma de San Luis Potosí / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Instituto de Investigaciones Históricas, 2012), 273-315; Alberto Zalamea et al., *Francisco Mosquera. 21 autores en busca de un personaje* (Bogotá: Instituto Francisco Mosquera, 2000).

diversos. De igual manera, se advierten los logros alcanzados y las frustraciones que aquella experiencia dejó en cada militante.

A propósito de los testimonios, deben resaltarse interrogantes sin resolver del acontecimiento tratado. Por ejemplo, la cifra de militantes que se “descalzaron” (no hay una cifra oficial) y la imprecisión del inicio y fin de la campaña. La versión más común indica que “Pies descalzos” inició a principios de la década de 1970 (nótese el dominio de la imprecisión), cuando el MOIR renunció al abstencionismo electoral y decidió participar en elecciones para cargos de representación popular. La necesidad de difundir los planteamientos programáticos del partido dio origen a una estrategia para trascender los reducidos espacios de agitación en los que se desenvolvía (algunas capitales departamentales). Aquí aparece la idea de los “descalzos”, una política que, luego de anunciada, tuvo una respuesta inédita, especialmente en sectores juveniles que habían participado en el movimiento estudiantil de 1971.

Tres etapas se divisan en los cerca de tres lustros que duró la campaña: la primera, cuando decenas de militantes atendieron el llamado del MOIR y se instalaron en disimiles lugares del país; la segunda, de afianzamiento en los territorios; y, la tercera, signada por el agotamiento del fervor de la militancia y por el repliegue o retorno debidos al accionar de grupos armados (guerrillas, paramilitares, gamonales) responsables de la muerte y amenazas de varios militantes.

Gracias a los “descalzos”, el MOIR logró asentarse en departamentos como Córdoba, Bolívar, Cesar, Magdalena, Sucre, Guajira, Atlántico, Choco, Antioquia, Caldas, Boyacá, Casanare, Meta, Arauca, y Caquetá. La selección de los lugares respondía a lecturas estratégicas. Por ejemplo, la costa norte, epicentro de fogosas luchas agrarias y, especialmente, la Serranía de San Lucas. Los testimonios permiten identificar que las formas de actuación estaban sujetas a las particularidades sociales, económicas y culturales de los lugares escogidos, así como a los capitales sociales de que disponía cada militante.

De la lectura del libro pueden resaltarse tres cuestiones que, a modo de problemas derivados, ameritan análisis detallados. Un primer asunto es la promoción de una “campeñización” de la militancia del MOIR, en contravía de la “proletarización”, como fue común en organizaciones maoístas del continente. Esta se impulsó por medio de su vinculación a las comunidades campesinas con fines de creación de organismos de base y no del “engue-rriilleramiento”. En ese sentido, la apuesta del MOIR fue audaz y riesgosa.

Un segundo asunto tiene que ver con la lectura política que sustentó la campaña de los “descalzos”. Algunos testimonios abren interrogantes acerca de las verdaderas apuestas del MOIR al desplegar hacia el campo a un buen número de cuadros políticos. Ciertos relatos dejan entrever que esa agrupación no había desechado del todo la posibilidad de constituirse en un brazo político militar. En sectores de la militancia existía esa percepción –era una verdad no oficializada–, y no pocos miembros se comprometieron en la campaña bajo esa premisa. En todo caso, el partido se cuidó de no dejar por escrito documentos que

así lo establecieran. El especial interés que mostró Mosquera por la Serranía de San Lucas pudo inscribirse en esa lectura. Sobre ese asunto, tengo en mente el testimonio de un militante del MOEC (que luego hizo tránsito al ELN), quien conoció a Mosquera en Cuba, en tiempos en los que allí se adiestraban miembros de la organización fundada por Antonio Larrota, y quien aseguró que, una vez Mosquera regresó a Colombia, intentó sin mayor éxito dar forma a un foco armado en la Serranía de San Lucas.³

Finalmente, otro tema de interés es el liderazgo carismático ejercido por Francisco Mosquera Sánchez en el MOIR. Pensar el carisma como categoría sociológica ayudaría a entender la incidencia de personalidades de izquierda en la vida pública y, en el caso del MOIR, serviría para comprender el influjo que Mosquera despertó en sectores de clase media en la década de 1970. Cierto es que se carece de incursiones biográficas que iluminen las trayectorias de dirigentes de la izquierda y ayuden a entender la trascendencia de sus nombres. Sorprende el don de la obediencia que generaba Mosquera en sus militantes, los relatos de los “descalzos” así lo testimonian. ¿Qué componentes subjetivos configuraban dicho carisma y cómo este se manifestaba y circulaba en la comunidad política? Este es un asunto que debería estudiarse en investigaciones de corte sociohistórico.

► JOSÉ ABELARDO DÍAZ JARAMILLO

Universidad Nacional Abierta y a Distancia, Colombia

jodiz16@yahoo.com | <https://orcid.org/0000-0001-8279-2379>

³ Cabe señalar que en los estatutos del Partido del Trabajo de Colombia (nombre que debía reemplazar al de MOIR) de 1970, aparece consignada la tesis de la guerra popular como un objetivo estratégico para la revolución en Colombia, además, se establece el campo como principal escenario de confrontación.